

Y adiós, que turbio ilumina
el vespertino arrebol;
déjame, flor peregrina,
que trasponga esa colina
antes que ese monte el sol.

A LA LUZ

SILVA PRIMERA

LA MAÑANA

Ya la luz matutina
fantástica, riente,
se asoma peregrina
por el rosado Oriente,
y rica y esplendente
entre risas y perlas se avvicina.

En las auras, pasando,
sus levísimas huellas
ligera va estampando,
las nubes matizando,
éstas de nieve, de carmín aquéllas.

Ya las tiñe nevada,
riendo bulliciosa,
ya en sus limpios vapores,
partida en mil colores,
las esmalta rosada,
bella si colorada,
pero si blanca, hermosa.

Y así pasando leve,
fugaz de nube en nube,
pisando veleidosa
con su fúlgida huella,
ésta con pies de nieve,
con pies de rosa aquélla,
la luz de la mañana
por el Oriente sube,
derramando lozana,
con grata confusión, jazmín y rosa.

Su colorada lumbré,
como tapiz galano,
desde la aérea cumbre
del más alzado monte
tiende risueña hasta el florido llano.

Y discurriendo esquiva
por el vago horizonte,

entre sombras y lejos
tiñe con sus reflejos
la niebla fugitiva;
y así con raudo vuelo
sus vivos resplandores
cruzan el ancho cielo,
cegando estrellas y dorando flores.

Las despeñadas fuentes,
su venida celebran
hirviendo transparentes,
y con bullir sonoro,
entre las guijas de oro
cuajando espuma, sus cristales quiebran.

El amoroso bando
de céfiros suaves
va por el valle errando,
sin fin multiplicando,
los dulces ecos de las dulces aves.

Saludan la alborada
los arroyos corriendo,
los pájaros trinando:
aquéllos las orillas
de perlas guarneciendo,
y éstos al aire blando,
plumas y sonos dando.

Ligeras á la luz corren las fuentes;
solicitas susurran las abejas;
los céfiros murmuran transparentes,
y los olmos también, que entre sus hojas
las tórtolas cobijan
que, gimiendo dolientes,
ya exhalan de dolor tiernas congojas,
ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida
las auras murmurando,
los árboles sus cúpulas meciendo,
las ovejas estáticas balando,
la mar sonora con su ronco estruendo,
con sus lánguidos sonos los ambientes,
con sus cantos los dulces ruiseñores,
bajando de los montes las corrientes,
subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura
le ofrece cuando huella sus alfombras,
espejo el agua pura,
los árboles sus sombras,
los montes su frescura,

y perlas y colores,
verdor y aroma las modestas flores.

—¡Celeste emanación, reina del día!
aunque en silencio mudo,
si te veo ahuyentar la noche umbría,
yo también te saludo
con toda la efusión del alma mía.

Ven, luz resplandeciente,
cruzando el éter con serena calma,
porque las negras sombras
que en el turbio Occidente
á tu aspecto cobardes se apiñaron,
impuras me dejaron
sin paz los ojos, sin sosiego el alma.
Vea hundirse en el lóbrego Occidente
esa turba de nieblas malhadada
en confuso tropel, y sean nada
al dulce albor de tu serena fuente.

Deshaz las sombras, portadoras antes
de regalados sueños,
y que en sus alas de vapor flotantes
me traen hoy fatídicos ensueños.

Obscurece en tu espléndido camino
las pálidas estrellas,
porque no dude entre ellas
cuál la estrella será de mi destino.
Llévate en pos la desmayada luna,
que tristes para mí sus rayos fueron,
pues mil promesas por su faz me hicieron
y nunca ¡oh luz! se me cumplió ninguna.

Apaga esplendorosa
de fuegos fatuos los siniestros brillos,
que las alas hendiendo
de la nocturna brisa,
van la amarga sonrisa
de espíritus maléficos mintiendo.

Alumbra los torrentes;
que al escuchar sus desacordes ruidos,
bañado en tierno llanto,
creí que violentos
los encontrados vientos,
arrastraban la fúnebre carroza
del erizado espanto.

Y rica de colores,
y pródiga de rosas y jazmines,
matiza los vapores
que pueblan los ambientes,
porque henchidos de cándida pureza,
imiten relucientes
las alas de los blancos serafines.

SILVA SEGUNDA

EL MEDIODÍA

Descompuesta en cambiantes
por el éter resbalas,
serena luz del cielo,
con ilustre decoro,
tendiendo en manso vuelo
las relucientes alas
que engalanan vistosas,
topacios y diamantes,
como tu albor brillantes,
y fúlgidas y hermosas
ricas cenefas de amaranto y oro.

Cándida fulgurando
tus rayos esplendentes,
vas en tu curso blando
serena matizando
las auras lisonjeras
con visos transparentes,
y limpia reverberas,
si en los aires azul, blanca en las fuentes.

Luciendo esplendorosa
la atmósfera enriqueces,
á veces de oro y rosa,
de nieve y grana á veces,
y al repartir galana
ya el oro, ya la nieve,
ya la encendida grana,
con mágicos vislumbres
bordas, pasando leve,
de plata el ancho mar, de oro las cumbres.

Y pura y rutilante,
desde tu claro asiento
con vagos resplandores
esclareces brillante
la tierra de colores,
si de llamas el viento;
y arrastrando lumbrosa

de blancos arreboles
el escuadrón lucido,
cruzas el aire de tu gloria henchido,
con alas de jazmín y pies de rosa.

Alzas el vuelo ardiente
hacia el cenit radiante,
y en él vivificante
blanca te enseñoas,
y con ligero paso,
desde el risueño Oriente
hasta el ceñudo ocaso,
tu corte luminosa
en alas de tu ardor libre paseas.

Y al fogoso ardimiento,
aunque fogoso, grato,
de tu abrasado aliento,
con magnífica pompa y rico ornato
arden los bosques y se enciende el viento.

Natura, fascinada
al dulcísimo peso
de tan puro embeleso,
se aduerme sosegada;
Ni balan las ovejas,
ni las hojas se mueven,
ni las volantes auras
á murmurar se atreven.
Se ostentan en sus tallos
inmóviles las flores;
tendidos á las sombras,
del soto en las alfombras
se mira á los pastores.
Mudos callan los ecos,
las diáfanos corrientes
débil rumor levantan;
y con blando reposo
en éxtasis sabroso
ni el aura vuela, ni las aves cantan.

Tal vez en la espesura
el céfiro despierta
para tejer doseles
de rosas y claveles,
porque en la frente pura
del clavel y la rosa
se mitigue la saña
de la luz enojosa,
cuando estival con profusión nos baña.

Cruzando perezosos
el prado los insectos,
los rayos luminosos
con lánguido desmayo
embelesados miran,
y mil átomos giran
en torno al resplandor de cada rayo.

A flor del agua pura
los peces se levantan
desde el profundo asiento,
y rápidos quebrantan
su límpida clausura
con presto movimiento.
La tersa superficie
se muestra delicada
partida en cien espejos,
y el aire matizando,
bellísimos reflejos
irradia colorada.
En la fuente serena
se mira rodeado
cada grano de arena
de puros arreboles,
y en fingido traslado
cada gota gentil miente mil soles.

Los ánades sus alas
sobre las aguas tienden,
que cual lustrosos prismas
mil colores desprenden;
y ya azul, ya rosada,
ya de color de nieve,
sutilísima, leve,
la luz brillando, salta
de sus flotantes plumas,
y blanca y azulada,
y de color de rosa,
y espléndida y hermosa,
ligeramente esmalta
las bullentes y cándidas espumas.

Pulidos reluciendo
los purpúreos corales,
los nácares y conchas
y perlas orientales,
con fúlgida armonía,
espléndidos parecen
los blancos arenales
alfombras de brillante pedrería.

La meridiana lumbre
 su planta esplendorosa
 sobre las nubes sienta,
 y allá en la excelsa cumbre
 la frente nacarada
 de záfiro ornada,
 con pompa, majestad y orgullo ostenta.

Vertiendo ardor fecundo,
 con pies de rosicler bordando flores,
 la luz que tanto adoro
 con leves alas de oro
 el claro vuelo sigue, henchiendo el mundo
 de arreboles y llamas,
 y reflejos y visos y colores.
 Serena luz: ¡qué hermosa,
 arrastrando tu séquito lucido,
 cruzas el aire, de tu gloria henchido,
 con alas de jazmín y pies de rosa!

Por eso arrebatadas
 por beber de tus rayos celestiales
 la benéfica lumbre,
 rápidas hienden la celeste cumbre
 en vistoso tropel las garzas reales.

Por eso transparentes
 caminando las fuentes
 con sosegadas huellas,
 ni murmuran querellas,
 ni arrojan perlas, ni rumor levantan,
 y sin duda por eso
 adormidas con mágico embeleso,
 ni el aura vuela, ni las aves cantan.

¡Oh! Corona la esfera
 del ardimiento grato
 de tu abrasado aliento,
 porque al fulgor de tu imperial carrera,
 con magnífica pompa y rico ornato,
 ardan los bosques y se encienda el viento.

SILVA TERCERA

LA TARDE

Con agradable paso,
 dulce, adorada lumbre,
 el noble señorío
 cedés del cielo raso

al resplandor sombrío
 de las rubias estrellas,
 y plegando tus alas
 en grata mansedumbre,
 recoges ¡ay! con ellas
 tu hermosa esplendidez y ricas galas.

Ornada de rubíes,
 hundes la tierna frente
 en la mar encendida,
 y con franjas vestida
 de rojos carmesíes,
 retocas levemente
 la mar de verde y plata,
 de azul el ancho cielo,
 y, con lucido vuelo,
 las nubes de escarlata,
 y de esmeralda el suelo.

De las excelsas vías
 ligera te desprendes,
 y si al nacer subías
 de nube en nube osada,
 ya mustia y desmayada,
 de una en otra descienes,
 y en las verdes alfombras
 de los profundos mares
 tu manto real descolorida tiendes,
 cegando luces y engendrando sombras.

Con plácido desmayo
 su incendio peregrino,
 ya débil, mortecino,
 se apaga rayo á rayo;
 y leve y rubicunda,
 de su fulgor escaso
 débilmente se inunda
 el esplendente ocaso;
 y fulgurando triste,
 de la atmósfera vana
 el transparente manto
 ligeramente viste
 con pálidos reflejos,
 ya aquí de rosa y grana,
 ya allá de nieve y rosa,
 acullá de amaranto,
 más lejos de oro, y de jazmín más lejos.

Iluminando apenas
 el cárdeno horizonte,

con ráfagas serenas
riela esplendorosa
colorada en el monte,
rica en los cielos, y en la mar hermosa.

¡Cómo están despidiendo
del rojo sol las postrimeras lumbres
con desacorde estruendo,
balando los rebaños por las cumbres,
por los valles las tórtolas gimiendo!

Y en alas de los céfiros suaves
formando bandas, por los aires, bellas,
¡oh, cómo en pos de sus brillantes huellas
rápidas van las altaneras aves!

Con lúgubre gemido
solloza el manso viento;
es un ¡ay! cada ruido,
cada voz un lamento.

Los árboles sus cúpulas frondosas
con verde pompa y majestad inclinan,
á impulso de las auras sonoras
que hacia el ocaso tras la luz caminan.

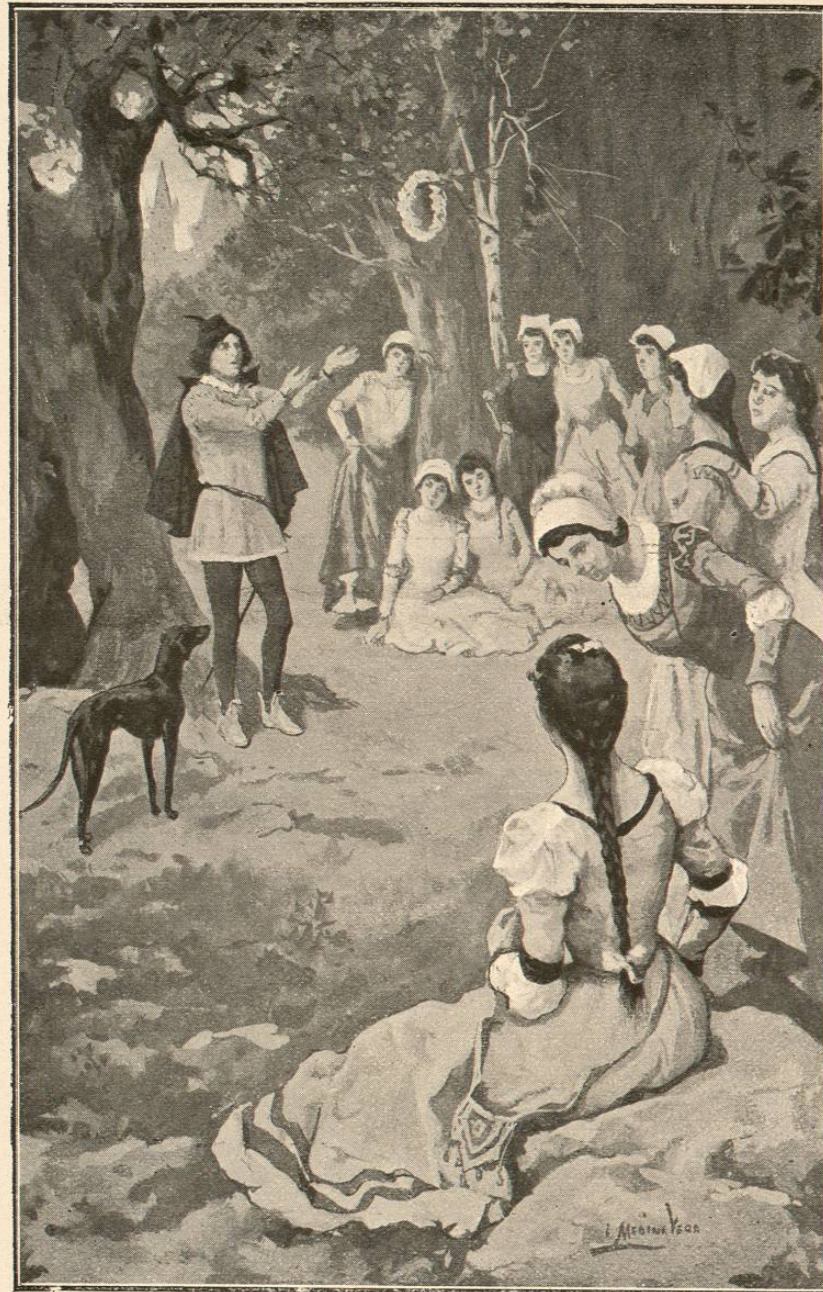
Si alza la noche su atezado manto,
la luz huyendo, sus horrores dobla;
si gime un ave en dolorido canto,
el eco gime, y su plañir redobla.

Quejas levanta al murmurar doliente
fugaz el aura en apacibles giros,
y al transmontar la luz, son de la fuente
las aguas llanto y el rumor suspiros.

¡Ay! no es así cuando á los frescos llanos
bajan al alba en celestial decoro
sífides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñen con guirnalda de oro.

Plácida entonces entre flores gira
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respira
amor la selva y la pradera amores.

La niebla entonces por el manso viento
se adorna de los rayos matutinos,
y entonces se oyen con sabroso acento,
en vez de quejas, amorosos trinos.



LA GUIRNALDA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Dar pretínlo á la más bella,
que menos sepa de amores,
una guirnalda de flores
y mi corazón con ella.

—¡Sombras, que osadas hacia el rubio ocaso
camináis tristemente
tardías, refrenad el negro paso;
que aun brillan, cual lucientes atalayas,
del yerto monte las robustas hayas!

¡Refrenad, bando impuro,
el paso acelerado,
templando los horrores
de vuestro manto obscuro;
que aun miro alborozado
del claro sol el resplandor propicio,
si alfombras huella de olorosas flores,
ó la orilla tal vez de un precipicio!

No importa que de estrellas,
al parecer tan bellas,
bordéis esplendorosas
las alas tenebrosas;
sus pálidos reflejos
son mentidos espejos;
y el brillo afrentan de las más preciosas
las falsas piedras, si se ven de lejos.

Mas ¡ay! que con tu corte refulgente,
luz de mis ojos, te abismaste en tanto...
¿Por qué, si al transmuntar, son de la fuente
ayes los sones y las aguas llanto?

Vuelve otra vez, porque á los frescos llanos
bajen al alba en celestial decoro
sílides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñan con guirnaldas de oro.

Vuelve, y que entonces entre flores gire
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respire
amor la selva y la pradera amores.

LA GUIRNALDA

Dar pretendo á la más bella,
que menos sepa de amores,
una guirnalda de flores
y mi corazón con ella.

Niñas de los ojos bellos,
al triunfo optad las primeras,
si al par contáis hechiceras
las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos aliños
con ella á ser coronadas,
hermosas como las hadas
con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa,
mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y gualda
sus bellas flores nacieron;
jamás las gracias tejieron
tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas
¡cómo vagando la mecen!
ved ¡qué conformes parecen
entre los lirios las rosas!

Con los azahares distinto
junta el clavel su carmín,
y entre jazmín y jazmín
salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda
concuerdan con dulce agrado
con el matiz más nevado
la más subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores
dan, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,
aspira al don soberano,
levante airosa la mano
y ciña su sien con ella.

Mas cuide no se la ciña
sin ser de beldad modelo,
pues pagará, vive el cielo,
su inadvertencia de niña.

Que nadie el don halagüeño
sin causa podrá alcanzarlo,
pues se deshace al tocarlo,
como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma
ganar en la lid podría...
Mas cesa, esperanza mía,
no así me inquietes el alma.

Que no han de empañar ahora,
al recordar mis amores,
otras lágrimas las flores
que las que les dió la aurora.

Esa florida guirnalda,
ya despojada de abrojos,
ha de hechizarme los ojos
sobre la tez de una espalda.

Venid, venid, peregrinas,
matando niñas de amores.
Justo es que gocéis las flores
alguna vez sin espinas.

Y no diréis que inhumano
vuestro placer no prevengo,
cuando por vosotras tengo
llenas de heridas la mano.

¿Y á quién, al verla, no asombra
esa guirnalda gentil,
tan vaga, aérea y sutil,
que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la transparencia
afrenta así desplegada,
de aire y matices formada,
lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mías,
tiene su verde frescura,
y tan fresca su verdura
como el abril de mis días.

Aun no ajaron sus colores
del céfiro los arrullos,
ni el huracán sus capullos,
ni las abejas sus flores.

Y con tenue movimiento,
jamás tocaron sus galas
ni del ruiseñor las alas,
ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,
se ostenta con pompa suma
tan fresca como la espuma,
tan suave como la rosa.

Y fresca y süave y pura,
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejo esperando
la reina de la hermosura.

Por esto si alguna bella
merece el don soberano,
levante airosa la mano
y cifa su sien con ella.

A FELISA

EL DÍA DE SU BODA

Aunque á la aurora temores,
y al mismo sol des enojos,
te sientan con mil primores
la languidez en los ojos
y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
los diamantes en tu cuello,
las rosas en tus mejillas,
que con real ornato brillas
desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
dé á tu belleza decoro,
jay, que en tu lindo semblante
oculta cada diamante,
bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
no ocultes los ojos bellos,
porque te dirán con risa
que ya leyeron, Felisa,
tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
las niñas en dulce calma
oyen, con turbado intento,
cosas que murmura el viento
y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
los ángeles, y que hermosos
de luz su frente coronan
y dobles himnos entonan,
de su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan
y que en torno se revuelven;
acentos de amor levantan;
las llaman hermosas; cantan;
besan su faz, y se vuelven.

Y en ese instante de gloria,
con recuerdos seductores,
ya sé que por su memoria
pasa la amorosa historia
de sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
en esa ilusión tranquila
probando estás amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

Di si en tus ojos se encienden
los ángeles; si contento
te causa tal vez su acento;
y si mirándote, tienden
las blancas alas al viento.

Di si recuerdas, Felisa,
las canciones que sonaron
en tu calle, y se apagaron;
¡que, por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,
allá en las noches serenas,